

2. Sobre los orígenes del Trabajo Social.

Ha llegado el momento de extendernos en nuestra hipótesis inicial: El Trabajo Social nace a la vez que las Ciencias Sociales y compartiendo el mismo proyecto global. La aparición de una nueva profesión primero y una nueva disciplina después, no se produce simplemente como consecuencia de la mera evolución de la caridad y la filantropía. Cambia el contexto social. Nos adscribimos pues a la tesis que ya en 1961 formulara Walter Friedlander:

"El concepto y la denominación "asistencia social", en el sentido de un programa científico, sólo muy recientemente se han relacionado con los problemas sociales de nuestra sociedad industrial. La pobreza, la enfermedad, el sufrimiento y la desorganización social han existido a través de la historia de la humanidad; pero la sociedad industrial de los siglos XIX y XX tuvo que hacer frente a numerosos problemas sociales que no podían resolver ya, adecuadamente, las instituciones humanas más antiguas: la familia, el vecindario, la iglesia y la comunidad local. (...) Además de que han surgido ideas humanitarias, que conceden gran importancia a nuestra responsabilidad hacia los demás, el progreso de las ciencias biológicas y sociales proporcionó nuevos instrumentos para investigar las causas de la pobreza, de las deficiencias humanas, y de la insatisfacción, con el objetivo general de resolver o aliviar los problemas sociales" (Friedlander, 1969:3).

2.1. De los orígenes de la cuestión social.

"En 1765, Baudeau afirmó que, de un total de 18 millones de franceses, tres millones eran pobres. Según el resultado del censo de 1791, París tenía 118.884 desamparados, siendo 650.000 su número total de habitantes. El mismo año, la comisión nombrada por la Asamblea Nacional para el estudio de la mendicidad informó que, en tiempos normales, aproximadamente una vigésima parte de la población de Francia carecía de medios y necesitaba alguna ayuda, mientras que en tiempos de penuria esta cifra llegaba hasta una décima o novena parte de la población. La pobreza estaba en realidad tan extendida que la simple denominación de "pueblo" era un componente esencial del concepto de pobreza. Al intentar definir "pueblo", en 1775 Necker dijo que era imposible "fijar los límites de esta palabra o el grado de desamparo que caracterizaba al pueblo". Llegó a la conclusión de que el pueblo sólo se podía definir como " la más numerosa y mísera de todas las clases de la sociedad" (Rosen, 1984:94).

El texto de Baudeau de 1765 no corresponde a un periodo de pleno desarrollo del capitalismo, más debe leerse en clave de una fase avanzada del mercantilismo y de una proto-industrialización. Siempre hubo pobreza, ahora se visibiliza y se acentúa. Pero el problema de la pobreza se inscribe en un marco de desarrollo industrial (Geremek, 1998:247). Veámoslo. En la Inglaterra de finales del siglo XVIII se pone en marcha un fenómeno nuevo que va a cambiar profundamente la historia de la humanidad en muchos

aspectos: la Revolución Industrial. Karl Polanyi (1989) la denomina "la gran transformación". Para el sociólogo alemán Norbert Elias (1983) se trata de un proceso "civilizatorio" y es "multidimensional". Más allá de ciertas visiones deterministas que pondrían el énfasis en la importancia del desarrollo de las fuerzas productivas y en las nuevas relaciones sociales consiguientes, la mayoría de autores (Tusell, et al., 1995) coinciden en que cambios tan profundos son de una gran complejidad y no es fácil establecer causalidades lineales sin peligro de simplificar demasiado; no fue pues una revolución únicamente tecnológica. Se trata de que, simultáneamente, se producen importantes cambios demográficos, económicos, urbanísticos y sociales.

Sintéticamente diremos que se produce un crecimiento demográfico provocado por la disminución de la mortalidad y el mantenimiento de la natalidad. Comienzan los movimientos migratorios del campo a la ciudad en primer lugar, lo que provoca la aparición de un tipo de ciudad que en absoluto estaba preparada para lo que se le viene encima. La consecuencia es que sus nuevos moradores van a ser víctimas de unas condiciones de vida lamentables en muchos casos. Los autores suelen hablar de degradación física y moral. Al mismo tiempo se produce la emigración a otros continentes en busca de mejores condiciones de vida. Estados Unidos y Canadá van a ser los principales receptores. Esta emigración viene facilitada por la mejora de los transportes, los cambios producidos en lo político y la propia presión demográfica. Por supuesto que en la esfera de la Economía y de la Industria los cambios son muy importantes. A partir del siglo XVIII, todo lo referente a la productividad y al trabajo fue regido por los conocimientos científicos. Aparecen nuevas fuentes de energía: el carbón. Se producen innovaciones técnicas como la caldera de vapor y el maquinismo que inmediatamente se aplican a la industria, aumenta la producción y pasa a ser el sector dominante frente a la agricultura, haciendo su aparición en escena un nuevo tipo de formación social a partir del nacimiento de un nuevo modo de producción: el capitalismo, que convierte en subordinados los modos de producción anteriores y deshumaniza el trabajo. Surgen, lógicamente, nuevas clases sociales: la burguesía y el proletariado. En la agricultura se introdujeron nuevos cultivos de origen americano como el maíz y la patata, se aplicaron abonos y fertilizantes... En definitiva, se sumaron avances técnicos al saber tradicional y como consecuencia se

difundieron y diversificaron los cultivos, se aumentó notablemente la producción agrícola lo que facilitó el aumento demográfico.

El incremento de la producción industrial y agrícola se vio favorecido también por las innovaciones en los transportes. La aparición del ferrocarril amplió los mercados; ya no se producía para el entorno inmediato porque se posibilita incluso enviar productos perecederos a cientos de kilómetros en un tiempo razonable. Esta circunstancia cambia la mentalidad y activa la agricultura y la industria, favorece el desarrollo comercial con la compra y venta de materias primas y productos elaborados, lo que activa también el comercio lejano gracias a otra innovación: la navegación a vapor en sustitución de la navegación a vela. Se desarrollan diversos medios de comunicación: el teléfono, el telégrafo, el correo, la prensa...

En el nivel político se consolida el liberalismo político con la forma de Estado de monarquía constitucional o de república en otros países, se cambia de la sociedad estamental a la clasista, lo que implica a la vez cierta movilidad social y la generación de las conquistas de la revolución francesa: la libertad individual, la igualdad, formal al menos, de todos los hombres ante la ley con el consiguiente reflejo ideológico: se va imponiendo el racionalismo y el sentido crítico a la vez que cierta secularización, ciertamente en unos países más que en otros.

Muy tempranamente se produjeron épocas de crisis económicas provocadas por malas cosechas (o la enfermedad de la patata) o la quiebra de empresas por pocas ventas, o el aumento del paro al dejar de construirse ferrocarriles, y crisis financieras al descender el precio de las acciones por las escasas ventas de productos. Se suceden movimientos bruscos de prosperidad y otros tantos de decadencia de los centros de producción, de las ciudades o de las regiones, de determinadas ramas de producción. Se crea empleo o se destruye rápidamente.

Todos estos cambios tuvieron su correlato en la aparición de diferentes movimientos sociales.

"La historia de la clase obrera inglesa comienza en la última mitad del siglo pasado, con el descubrimiento de la máquina de vapor y de las máquinas para la elaboración del algodón. Estos descubrimientos dieron, como es sabido, impulso a una revolución industrial, a una revolución que transformó al mismo tiempo toda la sociedad burguesa y cuya importancia para la historia mundial solamente ahora comienza a ser reconocida. Inglaterra es el terreno clásico de esta revolución, que avanzó tanto más potente cuanto más silenciosa, y por esto es Inglaterra también la tierra clásica para el desarrollo del principal producto de tal revolución: el proletariado. Sólo en Inglaterra el proletariado puede ser estudiado en todas sus vinculaciones y diferentes aspectos" (Engels, 1979:29).⁵⁶

Ya a finales del XVIII y primeras décadas del XIX, se producen diferentes huelgas en las que a veces se incendian las fábricas y se destruyen máquinas por considerar que eran la causa de todos los males que afectaban a los trabajadores. Un obrero llamado Ned Ludd dio nombre a este movimiento: el *Ludismo*. La reacción de los poderes públicos fue fulminante, el parlamento inglés promulgó una ley que castigaba con la pena de muerte a quienes fueran condenados por destruir las máquinas, lo que no impidió que hubiera incidentes por toda Inglaterra. Las primeras luchas de los obreros dan lugar a la aparición de las organizaciones sindicales, las *Trade Unions*, que también fueron perseguidos por el gobierno. En 1836 fue fundada la Asociación Obrera de Londres, dirigida por el carpintero Lovett, que entre sus primeras acciones, impulsó la elaboración de una petición, una carta (de ahí su nombre de cartismo), al Parlamento, que fue suscrita por más de un millón de firmas y que no tuvo éxito.

En el ámbito de lo social aparece lo que se viene a denominar la "cuestión social". Grandes masas de población, ciñéndonos a los países líderes y pioneros en estos procesos, que sufren unas duras condiciones de vida dentro y fuera del ámbito laboral, en el trabajo y en el barrio, como trabajadores y como ciudadanos.

"La industrialización absorbía en gran medida a las masas de inmigrantes urbanos, fuente del pauperismo en la época anterior, pero confería un carácter nuevo al fenómeno mismo. En primer lugar, la masa de la población obrera, creada como consecuencia de los procesos de proletarianización en el campo y en las ciudades, era tratada como un espacio social de la indigencia. Las condiciones de vida cotidianas, la situación de las viviendas, el estado de salud, las familias numerosas, el aspecto exterior, así como los comportamientos sociales, constituían la base para una identificación entre obreros e indigentes. Las dimensiones de los procesos de proletarianización resultan patentes por el hecho de que, en Francia, en torno a 1790, no menos del 40 por 100 de la población rural formaba parte del proletariado y del semiproletariado; en los centros urbanos, los obreros asalariados representaban, en aquel periodo, entre el 45 y el 60 por 100 de la población. Ciertamente la identificación entre obreros y pobres determinó que la proletarianización confirmase al pauperismo una dimensión de masas (Geremek, 1998:251).

⁵⁶ Especialmente recomendable por su riqueza etnográfica: F. Engels, (1892) 1979. *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.

"...No hay duda de que cientos de miles de hombres, mujeres y niños, trabajaban hasta catorce o dieciséis horas por día, durante su corta vida, en las primeras concentraciones industriales, a cambio de salarios de miseria, totalmente librados al arbitrio patronal, reducidos a la condición de máquinas para producir ganancia y rechazados en cuanto dejaban de servir." (Castel, 1997: 226).

De esta manera, los problemas sociales, la desventura, los desajustes sociales, las enfermedades físicas⁵⁷ y mentales (Friedlander, 1961) se multiplican sin que las redes de apoyo primario, la protección cercana, los mecanismos de afiliación a los que se refiere Robert Castel (1997), sean capaces de enfrentarse con eficacia a la nueva situación.

"La institución del libre acceso al trabajo fue una revolución jurídica sin duda tan importante como la revolución industrial, de la que por otra parte era la contracara. Tiene una importancia fundamental con relación a todo lo que la precede. Rompe con las formas seculares de organización de los gremios y hace del trabajo forzado una supervivencia bárbara.(...) Pero esta revolución fue también decisiva con relación a lo que la siguió. Relanzó la cuestión social sobre bases totalmente nuevas a principios del siglo XIX. Bajo el reinado de las tutelas, el asalariado se ahogaba. Bajo el régimen del contrato se expandió, pero, paradójicamente, la condición obrera se debilita en el momento mismo de su liberación. Se descubre entonces que la libertad sin protección puede llevar a la peor de las servidumbres, la servidumbre de la necesidad" (Castel, 1997: 31).

Cita Castel una frase de Montesquieu significativa del pensamiento liberal del XVIII: "un hombre no es pobre porque no tenga nada, es pobre cuando no trabaja", lo que implicaba la necesidad de "abrir los talleres", "proporcionar los medios de trabajo". La indigencia no era debida a una falta de trabajo sino a una nueva manera de organización del trabajo; es decir, afirma Castel, al trabajo liberado, no sometido al corsé de las relaciones feudales. Por tanto, esta indigencia, concluye, era hija de la industrialización. Cita también a Luis Napoleón Bonaparte:

"La industria, esa fuente de riqueza, no tiene hoy en día regla, ni organización, ni objetivo. Es una máquina que funciona sin regulador; poco le importa la fuerza motriz que emplea. Moliendo por igual entre sus engranajes a los hombres y la materia, despuebla el campo, aglomera a la población en espacio sin aire, debilita tanto el espíritu como el cuerpo, y después arroja a la calle, cuando ya no sabe qué hacer con ellos, a los hombres que para enriquecerla sacrificaron su fuerza, su juventud, su existencia. Verdadero Saturno del trabajo, la industria devora a sus hijos y no vive más que de la muerte de ellos" (Citado por Castel, 1997:220).

⁵⁷ Mención especial a la tuberculosis que durante el siglo XIX fue responsable de la muerte de la cuarta parte de la población europea. Una enfermedad que, como dice E. González, atacó a pocos ricos y asesinó a muchos pobres. "Las enfermedades más corrientes, tienen dimensiones económicas, y muchas epidemias tienen causas sociales y políticas. La pobreza, el hacinamiento, la degradación moral y el crimen no son la causa de la enfermedad, son la consecuencia de la Revolución Industrial". Ver <http://80.81.104.134/especiales> (8 de julio, 2003).

Ya no se trata pues, de una necesidad que afecta a unos pocos pobres que no causa mayor problema, ya no es una "pobreza integrada" dice Castel, se trata de un fenómeno nuevo. En el país, Inglaterra, donde más rápido corre la revolución industrial, y donde más rápidamente se había multiplicado la riqueza, la indigencia era omnipresente, insistente, masiva. Es en Inglaterra donde se bautiza con la palabra "pauperismo" el mal que le afectó a ella antes que a otras naciones. Es una nueva pobreza que afecta a "clases enteras de la población" y que se acrecienta cuanto más se extiende la producción industrial:

"Ya no es un accidente, sino la condición obligada de una gran parte de los miembros de la sociedad. Por ello, el pauperismo era una amenaza al orden político y social" De hecho planteaba la nueva cuestión social." (Castel, 1997:219).⁵⁸

En Inglaterra aparece también el movimiento cooperativo. Este movimiento tuvo como causa inmediata el hecho de que muchos trabajadores no siempre recibieran su salario en dinero, sino en especie, lo que implicaba mala calidad, fraude en el peso y precios muy altos. Con frecuencia, al percibir sueldos demasiado bajos, y aunque cobraran en dinero, acababan sometidos a los tenderos que concedían créditos, por lo que al final se encarecían, aun más, los productos. En esta situación aparecen las cooperativas de consumo; convirtiéndose en sus propios proveedores, los trabajadores conseguían condiciones más favorables. El 21 de diciembre de 1844, en la ciudad inglesa de Rochdale, en la que había industria textil y donde aparecieron todos los males de la revolución industrial, un grupo de socios, con grandes esfuerzos, consiguen constituir un capital de 28 libras esterlinas, una por socio, y constituir una sociedad denominada "De los probos Pioneros de Rochdale". Esta sociedad abrió un pequeño almacén en la "Callejuela del sapo" y, en contra de los peores augurios, la sociedad fue creciendo con nuevas incorporaciones incluso procedentes de pueblos vecinos. Aquí encontramos el origen del cooperativismo de consumo en Gran Bretaña que luego se extendió a la Europa Continental y al resto del mundo. No deja de ser un movimiento más de autodefensa de los trabajadores tratando de conseguir mejores condiciones de vida. Las cooperativas de producción y trabajo intentaban, por otro lado, evitar el desempleo y la explotación extrema.

⁵⁸ Castel cita aquí a E. Buret: *De la misère des classes laborieuses en France et en Angleterre*, París, 1840. T.I, p:120.

Comienzan a aparecer tímidamente leyes y decretos que regulan las relaciones laborales: el Derecho laboral. Esta nueva especialidad jurídica se configura no sobre el trabajo en general, sino sobre un tipo muy especial de trabajo y las relaciones sociales que trae consigo y surge históricamente en un periodo relativamente reciente. El profesor Alonso Olea hace coincidir su nacimiento con los albores de la revolución industrial, que explica y coincide en el tiempo con la emergencia de esta nueva disciplina (1994:38). En 1802 se promulgó un decreto que regulaba el trabajo de los aprendices. En 1822 se consideró legal la formación del sindicato. En 1833 se prohibió la jornada de diez horas para mujeres y adolescentes. En 1834 se promulgó la Casa para obreros destinada a los trabajadores sin empleo, enfermos o inválidos...

Aparece con Owen el socialismo utópico, recordando la Utopía propuesta por Tomás Moro, que pretendía conseguir el apoyo de los capitalistas para instaurar un régimen de vida más humanitario y, posteriormente, el llamado "socialismo científico".

Por lo que se refiere a los Estados Unidos, Geremek (1998:253) cita la obra de Robert Hunter *La conciencia social en la Era del Progreso* publicada en 1904, con pretensiones de ser un trabajo sociológico. Activista de organizaciones filantrópicas y sociales, Hunter define la pobreza como una mezcla de estrechez material, de invalidez física y de un modelo de vida ligado a la marginalidad socio-psicológica (con referencia a la condición de vagabundos y de los inmigrantes). Pero lo interesante de su obra son los cálculos que realiza: de los 82 millones de personas que componían la población continental de los EE.UU., al menos 10 millones vivían con estrecheces. Distinguía a los "pobres" cuya renta les garantizaba un mínimo esencial, de los pobres que obtenían ese mínimo gracias a la asistencia social y a las ayudas privadas. En definitiva, consideraba pobres a todos aquellos que "sufrían la insuficiencia del salario, del alimento del vestido de la vivienda y del exceso de trabajo". Se trata de una temprana consideración de los factores psicológicos como causa explicativa, temprana teniendo en cuenta que hasta 1909 no llega Freud a los Estados Unidos, ni aparece el movimiento de la Higiene Mental que conformaron conjuntamente el "diluvio psiquiátrico"⁵⁹ que proporcionó explicación para no pocos fenómenos. Sin duda, la

⁵⁹ La expresión procede de Kathleen Woodrooffe. 1962 *From Charity to Social Work in England and U.S.A.*

psicologización de la pobreza venía a sustituir, en parte al menos, una concepción moral en la que se mantenía que la pobreza era simplemente reflejo del pecado. Se trata de una influencia calvinista que establece las diferencias morales entre triunfadores y perdedores todavía vigente, en los países anglosajones, en el siglo XXI. Si lo que explicaba la pobreza no era una presunta debilidad moral, podía ser una supuesta debilidad mental o psicológica. Simplemente se trata de la culpabilización de la víctima: en el país de las oportunidades el que no triunfa es un débil moral o un débil mental. Pero con las estadísticas de Hunter los números no parecen ratificar la hipótesis: 10 millones de débiles morales o mentales entre 82 de población total son demasiados afectados. Más bien se trataba de buscar factores individuales en la etiología de la pobreza y negarse a reconocer lo que es evidente: el pauperismo forma parte indisoluble del proceso de industrialización. Como veremos más adelante, de este error de bulto también se acusó, injustamente a mi juicio, a las primeras generaciones de trabajadoras sociales.

En definitiva, ante la magnitud de la cuestión, las viejas formas de la solidaridad, de la "ayuda social", las antiguas instituciones inspiradas en la caridad vinculadas a las iglesias cristianas, o a otras religiones, y su versión secularizada, la filantropía, quedan rápidamente obsoletas, insuficientes para dar una respuesta adecuada y eficaz a la complejidad que trae consigo la "cuestión social". Los problemas sociales adquirieron tal dimensión que obligaron a desplegar nuevas estrategias de intervención y también forzaron al Estado a asumir un papel más activo en la función de prestar asistencia a las víctimas del primer capitalismo (Teni Fanfani, 2000). Y por supuesto, la nueva clase, el proletariado, fue adquiriendo conciencia de sí misma y organizándose en defensa de sus intereses frente a la patronal y frente al Estado. La cuestión social se convierte en un problema de Estado, de orden público y de supervivencia del sistema. "Clases laboriosas, clases peligrosas".⁶⁰ Como afirma T. Zamanillo (1991:18), la pobreza es generadora de desorden y cuando la pobreza afecta a amplias capas de la población el sistema puede ser puesto en entredicho.

⁶⁰ Es el título de un libro de L. Chevalier: *Classes laborieuses et classes dangereuses à Paris pendant la première moitié du XIX siècle*, 2ª Edit. París, Hachette. 1984. Citado reiteradamente por F. Castel et al. en *La metamorfosis de la cuestión social*. Pág. 223 y sucesivas.

No es nuestro objetivo en este momento extendernos en las diferentes respuestas que se dan al problema y que han sido tratadas por muy diferentes autores. Nos limitaremos a dar unas pinceladas de la mano fundamentalmente de Geremek y de Castel, cuyos análisis nos parecen claves para entender el contexto en el que nos interesa situar el nacimiento del Trabajo Social.

En lo que se refiere a Francia, todavía en el siglo XVIII los principales elementos organizativos de la política social eran los hospitales, (Rosen, 1984: 82; Foucault, 1979).⁶¹ Naturalmente se trata de una institución que tiene muy poco que ver con lo que hoy conocemos con esa denominación. Ya en 1525 escribía Luis Vives *De subventione Pauperum* definiendo lo que él entendía por esta institución:

"Doy el nombre de hospitales a aquellas instituciones donde los enfermos son mantenidos y curados, donde se sustenta un cierto número de necesitados, donde se educan los niños y las niñas, donde se crían los hijos de nadie, donde se encierran los locos y donde los ciegos pasan la vida. Sepan los regidores de la ciudad que todos estos cuidados son de su incumbencia" (Vives, 1992:154).

Y establecía alguna relación entre los institucionalizados (diríamos hoy) y la actividad productiva:

"En los hospitales, los que tienen buena salud y están allí agarrados como zánganos que se aprovechan de los sudores ajenos, salgan y envíense a algún trabajo si no es que les pertenezca su permanencia en el establecimiento benéfico por algún derecho, verbigracia, de sangre, por haberles dejado esta conveniencia sus mayores o porque ellos, de su propia hacienda, hicieron a la casa algún legado importante.

Y aun en este caso, **oblígueseles a trabajar** para que el fruto del trabajo sea común. Si hubiese allí algún otro, sano y robusto, y por el amor de la casa y de sus compañeros rogare que se le permita lo mismo, concédasele la facultad de permanecer con las mismas condiciones"(Vives, 1992:161).

De esta manera, los hospitales son instituciones en los que hasta el siglo XVII, proporcionan caridad y también represión lo que, como no podía ser de otro modo, fue criticado durante el siglo siguiente. De hecho, durante la Revolución francesa, la muchedumbre asaltó las cárceles y los hospitales, en los edificios dependientes del Hospital General por ejemplo, lo que indica que alguna similitud verían entre ambos

⁶¹ La solución era bastante anterior. Escribe Rosen: "Bajo el mandato del cardenal Mazzarino se realizaron importantes esfuerzos para resolver el problema de los pobres mediante la creación de *hospitaux généraux*. La fundación de estas instituciones refleja el papel cada vez más importante del Estado en la resolución de los problemas económicos y sociales".

establecimientos. En la *Salpêtrière* se produjo un sangriento ajuste de cuentas entre los acogidos -casi 8.000, la mayoría mujeres- y el personal hospitalario en septiembre de 1789 (Geremek, 1986:244). El hospital era la pieza fundamental en la organización de la política social. A lo largo del siglo XVIII se van a producir cambios sustanciales porque van a cambiar las causas de la pobreza, sus dimensiones, y por tanto inevitablemente, la manera de tratarla.

En cualquier caso, durante la primera mitad del XIX, en Francia, las respuestas generadas desde los poderes públicos son irrisorias, si aceptamos el análisis de Castel (1997:232). Pasados los ímpetus revolucionarios se reconstituyeron las antiguas estructuras de la asistencia confesional conquistando las mismas posiciones que tenían antes de la revolución: por ejemplo, en 1848, 25.000 religiosos administraban 1.800 establecimientos de caridad. Convivía el viejo sistema de los hospitales y hospicios con las oficinas de beneficencia, creadas en 1796. De todas formas pronto surgirán las voces que anuncian el discurso liberal: "El gobierno no le debe nada a quien no lo sirve. El pobre sólo tiene derecho a la conmiseración general" (Delacroy, citado por Castel, 1997: 234).

En fin, lo que nos interesaba también resaltar es que la tipología que proponía Luis Vives queda obsoleta. Vives sugiere enseñar a los mendigos para que, superada su ignorancia aprendiendo algún oficio, pudieran abandonar la pobreza y la mendicidad. Estos eran los mendigos-ignorantes, condenados a la miseria y a recibir ayudas por su falta de habilidades profesionales. Habría un segundo tipo: "aquellos que malversaron su fortuna con modos feos y torpes, como el juego, ramerías, lujos, gula". Estos serían los pobres-culpables. A estos hay que alimentarlos, pues, dice Vives, a nadie se le ha de matar de hambre.

"Pero por lo demás, mándeseles trabajos más molestos y déseles comida más tasada porque sean escarmiento de los otros y ellos se arrepientan de la vida anterior, porque no fácilmente reincidan en los mismos vicios, estrechados con la pobreza del alimento y la dureza de los trabajos. No se les ha de matar de hambre, no; pero han de sufrir sus aguijones" (Vives, 1992:160).

En 1696, en Bristol, se creó una *work house*, y durante los primeros años del siglo XVIII se fundaron otras muchas. Se trataba de centros fabriles en las que los pobres

podrían aprender a ganarse por sí mismos su sustento (Rosen 1984:62). Era otro modelo de gestión de la pobreza y de control social que perduró en EE.UU. durante el XIX. En 1797, en Inglaterra, Bentham, el autor de *El Panóptico*,⁶² propone otra categoría de pobres y desde luego siguiendo otros criterios de clasificación bien distintos. La solución propuesta a las prisiones planteaba aplicarla a la fábrica, pero en este caso serían los pobres los protagonistas en vez de los prisioneros. Creyó haber encontrado un Plan para la solución para la cuestión social. Sus *Industry-Houses* acogerían a los pobres siguiendo el modelo de *El Panóptico*. Un consejo de administración, inspirado en el de la Banca de Inglaterra, sería el encargado de la explotación del trabajo de los pobres asistidos. Proponía crear una sociedad de acciones denominada Compañía nacional de caridad que debería velar por la construcción de al menos doscientas cincuenta *Industry-Houses* destinadas a acoger a quinientos mil "pensionistas". Estos pensionistas eran clasificados como tales en virtud de otros parámetros: la actividad productiva. Eran parados, pobres sin actividad laboral, que él clasificó en diferentes categorías:

"Distinguía los <trabajadores sin puesto de trabajo> despedidos recientemente de un trabajo, de aquellos que no podían encontrar empleo a causa de un <estancamiento accidental>; distinguía el <estancamiento periódico> de los trabajadores de estación de los <trabajadores neutralizados al convertirse en superfluos por la invención de las máquinas> o, en términos todavía más modernos, de las personas en paro técnico; un último grupo estaba formado por la <mano de obra desmovilizada>, otra categoría moderna puerta de relieve en la época de Bentham por la guerra contra Francia. La categoría más significativa fue no obstante la de <estancamiento accidental> ya mencionada, que, no sólo comprendía a los artesanos y a los artistas que ejercían oficios dependientes de la moda>, sino también a un grupo mucho más importante formado por los que estaban en el paro <tras el cierre generalizado de las manufacturas>" (Polanyi, 1989:181).

El Plan de Bentham, dice Polanyi, consistía nada menos que en sacar a flote el ritmo de los negocios mediante la comercialización del paro a gran escala. Estamos pues en otras categorías distintas. Ya no es la mendicidad que malvive de la caridad pública o de los mecanismos de ayuda instituidos y más o menos marginal por muy numerosa que sea en algún momento. Estamos hablando de toda una nueva clase social: el proletariado; y de otro modo de producción: el capitalismo.

"Cuando Marx en *El Capital*⁶³ analiza el pauperismo, aparte del subproletariado propiamente dicho, distingue tres clases de pobres: los aptos para el trabajo, los niños y los incapaces para el trabajo. De esta manera, el

⁶² Véase en castellano la edición de La Piqueta. Colección Genealogía del poder. 1989. Incluye una entrevista con Michel Foucault y un trabajo de María Jesús Miranda titulado *Bentham en España*.

⁶³ Véase Marx, K. *El Capital*, I, vol VII, 4.

ámbito de la miseria queda definido como <el refugio de los inválidos del ejército obrero activo y el peso muerto del ejército industrial de reserva>. La creación del pauperismo se considera como la condición indispensable para la producción capitalista, una especie de *faux frais* de esta última. El problema de la miseria se debate en el marco de un análisis general de la acumulación capitalista. La observación de la realidad de que <la acumulación de miseria, tormento de trabajo, (...) esclavitud, ignorancia, embrutecimiento y degradación moral en el polo opuesto>" (Geremek, 1998:249).

En 1820 Barón de Gérando escribe *Le visiteur du pauvre*. Esta obra nos interesa especialmente porque un autor con la autoridad de Robert Castel (1997:247) ve en ella con razón a nuestro juicio, "un núcleo de pericia del que podría surgir el Trabajo Social profesionalizado". Gérando reniega de una caridad ciega que mantiene al asistido en su condición y multiplica el número de menesterosos. En su perspectiva, distribuir bienes materiales a los pobres podía resultar peligroso si no se controlaba estrictamente el uso de dichos bienes. De esta manera resultaba imprescindible establecer un plan de socorro que como primer paso implicaba un examen minucioso de las necesidades de los pobres. Este estudio era la "base de todo el edificio que una caridad esclarecida es llamada a construir". Resultaba imprescindible diferenciar el tipo de necesidades. Estas podían ser permanentes como las que eran provocadas por invalidez, o provisionales causadas por una enfermedad pasajera o una situación de desempleo temporal. Por último podía haber necesidades provocadas por la mala constitución moral y por la incapacidad de los indigentes para pensar en el mañana y prevenir con el ahorro las consecuencias de acontecimientos negativos venideros. Como se ve, hay en el planteamiento un análisis etiológico, una tipología de los diferentes orígenes de la situación de necesidad, y a cada causa era necesario aplicar un remedio distinto. Eso sí, era imprescindible, exigible, una respuesta positiva para recibir ayuda: la buena conducta. La ayuda tenía que ser un instrumento de rehabilitación moral y tenía que ser prestada en el marco de una relación personal entre el que ayudaba y el ayudado, una relación permanente a través de la cual el que prestaba la ayuda se convertía en un modelo de socialización. La persona ayudada debía responder con su gratitud, aceptando ese tipo de relación. De esta manera la relación entre clases cambiaba de signo. Donde antes había indiferencia o incluso hostilidad y antagonismo ahora aparecía un vínculo positivo, un flujo de humanidad, en palabras de Castel. El

vínculo moral era también un vínculo social por el que el buen rico conseguía la reafiliación⁶⁴ del indigente.

Resulta obvio que a través de esta manera de gestionar la pobreza el número de presuntos beneficiados habría de ser limitado necesariamente⁶⁵ a la vez que no se vislumbra la inquietud por explicar las diferencias en el reparto de la riqueza o en las consecuencias de la industrialización y la naciente división de clases. Se trataba de conseguir una relación personal continuada, de manera individualizada por tanto, que a juicio de Castel constituía una manera de hacer clínica social, *crisis intervention* en situaciones singulares.

"Pero, este empleo reflexivo de la beneficencia no tenía nada de ingenuo. Iba a constituir un núcleo de pericia del que podría surgir el trabajo social profesionalizado: evaluación de las necesidades, control del empleo del socorro, intercambio personalizado con el cliente. La corriente de la Scientific Charity, tan animada en los países anglosajones durante la segunda mitad del siglo XIX, desarrollará en gran escala este enfoque de la asistencia. Y cabe preguntarse si el imperio del modelo clínico en el trabajo social no se debe en gran medida a la doble exigencia de la que el barón de Gérando fue el primer teórico: proceder a una investigación "científica" de las necesidades del cliente, y establecer con él una relación personalizada" (Castel, 1995: 248).

Como veremos más adelante, efectivamente, la sintonía entre el modelo propuesto por Gérando y la metodología desarrollada por las COS es algo más que evidente. El *examine* como consigna implica la repulsa a proporcionar ayuda material sin un estudio previo y sin hacer un seguimiento del caso, lo que implicaba la creación de una relación. En este sentido, la afirmación de Castel es acertada, sin duda. Respecto al desarrollo del modelo clínico en el Trabajo Social, habría que decir que las bases fueron desarrolladas en el seno de las COS, pero no pasó de ser una mera metodología de acercamiento hasta que no se produce la influencia del Psicoanálisis, en la década de los veinte, que como el mismo autor sugiere en otro lugar, vino a llenar un vacío en cuanto a disponer de teorías que orientasen la acción, teorías de las que las primeras generaciones de trabajadoras sociales no andaban muy sobradas.⁶⁶

⁶⁴ Es conocido este concepto que R.Castel propone en *La metamorfosis de la cuestión social* y que, como toda la obra, es tremendamente fértil y sugerente.

⁶⁵ Estas prácticas que implicaban una relación persona a persona no eran propuesta como única alternativa. Eran necesarias prácticas colectivas concretadas en la actuación de instituciones que ya empezaban a preocuparse también por la importancia de la prevención de los males causados por la pobreza.

⁶⁶ Nos referimos aquí a otra obra de F. Castel et al. *La sociedad psiquiátrica avanzada*.

Una última referencia a Bismarck resulta obligada por más que no pretendamos ni mucho menos ser exhaustivos en este apartado. "La inseguridad social del trabajador es la verdadera causa de que sea una amenaza para el Estado" decía el canciller. Contra viento y marea, contra las suspicacias de los socialdemócratas y los recelos de sus propios partidarios impuso su política dirigida a crear un sistema de seguridad social. Bismarck era un terrateniente, perfecto representante del viejo orden pero también y sobre todo era un hombre de Estado y entendió que era el propio Estado el que estaba en peligro si no se creaba un sistema que asegurase los riesgos que sufrían los trabajadores. El 17 de noviembre de 1881, el emperador dirigía un discurso al Reichstag en el que la corona se solidarizaba con los planes de su canciller:

"En febrero del presente año hemos expresado ya Nuestra convicción de que el remedio a los males sociales no ha de buscarse exclusivamente por el camino de la represión de los excesos socialdemócratas, sino también por el de la promoción positiva del bienestar de los trabajadores. Consideramos Nuestra imperial obligación de encarecer de nuevo al Parlamento esta tarea. Contemplaríamos con la mayor satisfacción todos los éxitos con los que Dios ha claramente bendecido Nuestro gobierno, si algún día lográramos tener la conciencia de dejar tras de Nos a la Patria garantías nuevas y duraderas de su paz interior, y al necesitado, una mayor seguridad y más amplio desarrollo a la asistencia a la que tiene derecho. Estamos seguros de la aprobación por todos los gobiernos federados de Nuestros esfuerzos orientados hacia este fin y confiamos en el apoyo del Parlamento al margen de las orientaciones de los partidos" (Citado por Sigerist, 1984:199).

Según afirma Sigerist (1984:190), Bismarck no creó de la nada su modelo de seguridad social. Lo construyó sobre la base de instituciones ya existentes e inconscientemente se vio influido por las ideas de la revolución de 1848, pese a odiarla profundamente y en la primavera de 1882 envió al Reichstag sus proyectos de ley. Tras los debates parlamentarios que se prolongaron durante más de un año el 15 de junio de 1883 consiguió la aprobación de la ley sobre el seguro de enfermedad y en julio de 1884 fue aprobada la Ley del seguro de accidentes de trabajo. Por último en mayo de 1889 el parlamento alemán aprobó la ley que implantaba el seguro de vejez e invalidez. El canciller había conseguido sus objetivos.

"La seguridad social significaba grandes beneficios para todos los grupos de población. Garantizaba asistencia médica a la creciente masa de asalariados, no por caridad, sino como un derecho adquirido a través del trabajo. Aseguraba una indemnización por los salarios perdidos a causa de enfermedades o accidentes y una pensión cuando ya no resultaba posible ganarse la vida por enfermedad, accidente o vejez. Daba seguridad a las familias, a las que se extendieron cada vez más las prestaciones.

Los patronos y la sociedad en general resultaron beneficiados al tener una clase trabajadora más sana y quedaron liberados de una innumerable masa de miserables gracias a un sistema que distribuía los costes

equitativamente y en el que cada uno prestaba su aportación a tenor de las posibilidades." (Sigerist, 1984:205).

Después de ocho años de dura lucha parlamentaria el canciller consiguió casi todos sus objetivos. Únicamente fracasó en su intento de acabar con el partido socialdemócrata y otras instituciones socialistas, tal y como él hubiera deseado. Con todo, su política tuvo consecuencias importantes como contribuir a desaparecer la orientación revolucionaria presente en el Partido Socialdemócrata.⁶⁷

2.2. El nacimiento del Trabajo Social en Gran Bretaña.

Al empezar este apartado, antes que nada y para evitar malos entendidos, he de manifestar mi adhesión a las tesis construccionistas, única manera de entender las peculiaridades locales. Como dice Michel Chauvière (Bec et al., 1994), la profesionalización del Trabajo Social es compleja y no unívoca. Se forja en el tiempo; es una construcción que se hace progresivamente, alimentándose de diversas corrientes, utilizando numerosas estrategias, inscribiéndose en el conjunto de los hechos sobresaliente de la época. Es pues algo socialmente e históricamente construido.

Pues bien, cuando la Enciclopedia de Trabajo Social de la NASW se plantea el tema de la historia y la evolución de la práctica del Trabajo Social afirma taxativamente que el Trabajo Social se desarrolló como disciplina especializada desde la mitad del siglo XVIII al final del XIX, a partir de las sociedades organizadas para la asistencia a los pobres. Estas actividades eran desarrolladas por voluntarios que adquirieron sus propias habilidades y conocimientos en un sistema de autoaprendizaje. Transcurridos unos años, la profesión

⁶⁷ En cuanto a lo que pasó durante el XIX en el terreno de la política social se pueden consultar las siguientes obras: VV.AA. 1988. *Los visitadores del pobre. Caridad, economía social y asistencia en la España del siglo XIX*, en *De la beneficencia al bienestar social: cuatro siglos de acción social*, VV. A.A. *Historia de la acción social pública en España. Beneficiencia y Previsión*; y por último en VV.AA. *Desigualdad y pobreza hoy*, especialmente el capítulo titulado *En torno a la crisis de los modelos de intervención social*, de Fernando Álvarez Uría. Pero conviene señalar que en este trabajo no me interesa especialmente el caso español en coherencia con la tesis que defiende y que exige centrar la atención en Gran Bretaña y en Estados Unidos.

alcanzó la educación graduada y una estructura común de práctica. El Trabajo Social estaba desarrollando una profesión extraordinariamente diversa que luchaba por incorporar la teoría y el desarrollo de la práctica necesaria para alcanzar su misión. (Brieland, 1990:2247).

Los antecedentes inmediatos del Trabajo Social tenemos que buscarlos en el Reino Unido. Como hemos dicho anteriormente, Inglaterra fue uno de los primeros países en experimentar los efectos de la industrialización desde finales del siglo XVIII, de manera especial. Antes y en mayor medida que en otros lugares, se generalizaron las peores situaciones vinculadas a la Revolución industrial: trece horas de trabajo diarias los siete días a la semana hombres, mujeres y hasta niños de cinco años, azotados si se dormían, encadenados a sus máquinas si trataban de esconderse; salarios de hambre, condiciones de trabajo insalubres, multiplicación de tugurios... (Sand, 1931:109). Por otro lado, una urbanización precipitada motivada por la avalancha de población, multiplicaba los barrios en los suburbios en los que la pobreza, e incluso la miseria, y todos los problemas sociales se hacían evidentes.

"Toda gran ciudad tiene uno o más <barrios feos>, en los cuales se amontona la clase trabajadora. A menudo, a decir verdad, la miseria habita en callejuelas escondidas, junto a los palacios de los ricos; pero, en general, tiene su barrio aparte, donde, desterrada de los ojos de la gente feliz, tiene que arreglársela como pueda.

En Inglaterra, estos <barrios feos> están más o menos dispuestos del mismo modo en todas las ciudades: las casas peores están en la peor localidad del lugar; por lo general, son de uno o dos pisos, en largas filas, posiblemente con los sótanos habitados, e instalados irregularmente por doquier. Estas casitas de tres o cuatro piezas y una cocina, llamadas *cottages*, son en Inglaterra, y con excepción de una parte de Londres, la forma general de la habitación de toda clase obrera. En general, las calles están sin empedrar, son desiguales, sucias, llenas de restos de animales y vegetales, sin canales de desagüe y, por eso, siempre llenas de fétidos cenegales. Además, la ventilación se hace difícil por el defectuoso y embrollado plan de construcción, y dado que muchos individuos viven en un pequeño espacio, puede fácilmente imaginarse qué atmósfera envuelve a estos barrios obreros..." (Engels, 1979:48).

No es extraño pues que ya en 1802 empiezan a aparecer normas que regulan algunas condiciones de trabajo y que durante este siglo se planteen cuestiones como la mejora de la higiene pública, y los primeros pasos de la enfermería; la organización de una red de enfermeras de distrito y, en lo que nos toca más de cerca, los intentos de organizar la caridad con Sir Charles Loch, de mejorar las viviendas en los barrios obreros con Octavia Hill, la creación del movimiento de los *Settlement houses* con el *Toynbee Hall* instalado en un barrio obrero de Londres por el pastor Barnett, los inicios de una cierta presencia en los

hospitales con las *Lady Almoners*,⁶⁸ la coordinación de las instituciones que procuraban la protección de las madres y de los niños en las Escuelas de madres, la generalización de seguros contra el paro forzoso, y la creación de una red completa de Bolsas de Trabajo oficiales.

"Es una inglesa, Joséphine Butler, quien ha puesto en marcha el movimiento abolicionista, es en Gran Bretaña donde antes se desarrolla la lucha antialcohólica; es en Inglaterra donde Howard y Mrs. Fry han humanizado las prisiones; es en Inglaterra en fin, donde realizando la idea propuesta un siglo antes por Jérémie Bentham, se creó en 1919 el primer Ministerio en el cual se agruparon las administraciones de Higiene, de la asistencia, de la prevención, de la vivienda y del urbanismo..." (Sand, 1935:110).

El clima político ha cambiado. Son tiempos de reforma. En 1815 a 1820 se produce una situación de depresión económica que va a tener sus consecuencias en la política social. En 1832 se reforma el parlamento perdiendo poder la aristocracia. Jeremy Bentham reformula los objetivos del gobierno: se trataba de conseguir la mayor felicidad para el mayor número de personas y la legislación tenía que facilitar este objetivo. El clima en Inglaterra era favorable a las reformas legislativas y a los cambios en la política social. Desde 1796 había voces reclamando medidas legislativas que regulasen el trabajo infantil y efectivamente en 1833 aparece una ley sobre el tema. A este periodo también pertenece la aparición del Acta de Abolición de la Esclavitud y la reforma de la Ley de pobres, el cambio más importante de la *Elizabethan Act* de 1601 (Cohen, 1958:30).

A principios del XIX, cuenta René Sand, había en Londres 2.500 "obras caritativas" tanto religiosas como laicas en las que trabajaban un número indeterminado de profesionales y voluntarios. Estas organizaciones aplican las reglas del Trabajo Social

⁶⁸ Por la información que tenemos, esta figura que aparece en los hospitales ingleses tenía más que ver con la preocupación de poder discriminar a los que eran verdaderamente pobres de los que no lo eran y en consecuencia conceder o no, asistencia gratuita. Posteriormente se irían reconvirtiendo acercándose más al papel diseñado por Cabot para el "*medical Social Work*". Las *Lady Almoners* pueden ser consideradas un antecedente de la profesión en el sistema sanitario por dedicarse a trabajar con los pobres en el hospital, pero el hecho de que, para algunos autores, el objetivo tuviera que ver más con lo económico y su finalidad con la administración del hospital que con una profesión de ayuda, provoca algunas reticencias, si bien es cierto que, muy a nuestro pesar, tengamos que reconocer que, aunque sea muy minoritariamente, funciones parecidas han desarrollado en España los trabajadores sociales de algunos centros hasta bien recientemente, o incluso todavía hoy, como una parte importante de su rol profesional o bien como obligación dentro de un rol asignado imperativamente por la institución o por la propia incapacidad o falta de formación para diseñar y desarrollar roles y funciones distintas. En todo caso, según la información que proporcionan Parry, Rustin y Satyamurti (1979), fue Loch, el secretario de la COS quien concibió la idea de incluir *caseworkers* en el hospital, aunque les llamaran *almoners* y la COS jugaba un papel importante en su entrenamiento.

individualizado,⁶⁹ y se agrupan alrededor de las *Sociétés d'Organisation de la Charité*, que son asociaciones de filántropos que tratan de perfeccionar la técnica de la asistencia. Estas sociedades forman una Federación nacional. Sugiere aquí Sand algo que interesa resaltar: había una preocupación metodológica que identificaban como "las reglas del Trabajo Social individualizado" y había además un interés por perfeccionarlas.

"Se encuentra en las Asociaciones locales de asistencia a hombres y mujeres pertenecientes a todas las clases sociales, estos benévolos se ocupan personalmente de los casos que le son asignados; las Asociaciones tienen también por misión propagar el sentido de la responsabilidad colectiva, combatir las causas profundas de la miseria, en fin, favorecer la colaboración recíproca de los servicios públicos, de las obras de caridad y de la iniciativa individual" (Sand, 1935:119).

Sand proporciona abundante información sobre cómo se organizaban los Consejos locales de actividades sociales, en las ciudades y los Consejos de las colectividades rurales en el campo, la coordinación de los delegados de las obras privadas con los representantes de los servicios públicos, la creación de un Consejo nacional del servicio social que agrupaba también las obras nacionales, las federaciones de funcionarios, la Unión de ayuntamientos, de condados e incluso de los departamentos ministeriales interesados.

Por otro lado, extienden sus actividades a múltiples campos: la escuela por ejemplo. En Londres 6.000 voluntarios se dedican a esta tarea dirigido por organizadores cualificados. En 1895 hacen su aparición en los hospitales las *Lady almoner*, y así en los tribunales para niños, en las prisiones... Se facilita la adopción por ley y aparecen sociedades nacionales que se ocupan de favorecerla. Los orfanatos, las instituciones para niños asistidos, los establecimientos de reforma buscan procurar a los niños un medio verdaderamente familiar. Las asociaciones de niños y adolescentes están floreciendo, cuenta René Sand: Hay federaciones de clubs de adolescentes, de chicas, los *Boy-Scouts*, las *Girl Guides*, las Brigadas protestantes, católicas o judías de chicos y de chicas, las del ejército de Salud, la Asociación cristiana de chicas. Hay numerosas asociaciones para promover el deporte y las vacaciones. Existen muchas instituciones públicas y privadas que proporcionan enseñanza profesional y en manejo del dinero y que son coordinadas por el Ministerio de Educación. Se organizan conferencias, cursos, círculos de estudios, escuelas

⁶⁹ A pesar del término, estamos hablando aun de una actividad voluntaria, no profesional.

de verano, excursiones y visitas en común se crean las *Tutorial Classes*, en las que una veintena de obreros estudian un tema elegido por ellos, se crea un sistema de becas, se crean residencias sociales, Institutos femeninos...

"Antes de la guerra (la primera guerra mundial, se entiende), Inglaterra había introducido en su legislación las pensiones de vejez, el seguro contra los accidentes de trabajo, el seguro contra la enfermedad y la invalidez y, en ciertos oficios, el seguro contra el paro. Ella ha completado estas medidas hasta el punto de que hoy su sistema de seguros sociales está tan extendido como el de Alemania.

Las víctimas de los accidentes de trabajo y de las enfermedades profesionales son cuidados e indemnizados a costa de los empleadores que se cubren con un seguro.

El seguro contra la enfermedad y la invalidez (National Health Insurance) forma, bajo la dependencia del Ministerio de la Higiene, un sistema nacional que se extiende a un tercio de la población (15 millones de asegurados). Todo trabajador manual y todo trabajador no manual cuyo sueldo no supere 250 libras al año, desde la edad de los 16 años, se inscribe en una sociedad de socorros mutuos o de seguro según escoja. (...)

País de iniciativa individual, pero al mismo tiempo de disciplina voluntaria, la Gran Bretaña nos enseña a la vez una floración magnífica de organizaciones privadas y una extensión constante de los poderes públicos. La cooperación de las obras privadas con las administraciones llega a ser cada vez más íntimo. El servicio social progresa de una manera sensiblemente igual en todas las partes del país. La convicción general es que cada uno debe ser eficazmente protegido contra la enfermedad y la desgracia. Este sentido cívico, caridad extendida, inspira un programa nacional de reformas sociales, aceptado por todos los matices de la opinión pública, y cuya realización avanza cada día" (Sand, 1935:121).

René Sand, un médico cuya obra es muy poco conocida y que hemos recuperado para este apartado es, lo afirma su prologuista, Paul Strauss, (a su vez Ministro de Higiene de la Asistencia y de Prevención Social, y miembro de la Academia Francesa de Medicina), el organizador de la Conferencia internacional de Servicio Social celebrada en París, en 1928 y por tanto una autoridad y un estudioso del tema. En su exposición descriptiva se refiere simultáneamente a los organismos y medidas de protección social que se ponen en marcha -legislación laboral, seguros sociales de vejez, enfermedad, invalidez, desempleo, protección a la mujer y a la infancia, educación, y a lo que tiene que ver con la higiene, la atención a la salud, la prevención de la enfermedad, porque todo ello tiene que ver con el programa de reformas sociales que es su objeto de estudio. Lo que describe pues, es una serie de innovaciones que tienen que ver con la protección social, con la gestión de los riesgos, y con la salud, teniendo como telón de fondo el caos, el desorden, la desestructuración social que trae consigo la industrialización. Estas innovaciones son a su juicio, también extensibles a Escocia, Irlanda del Norte y el "Estado libre de Irlanda", con muy pocas diferencias (Fox Piven y Cloward, 1993).

Como vemos, el *Report Beveridge* tiene sus antecedentes. El llamado "Estado de bienestar" no aparece sin más durante la II Guerra Mundial ni es simplemente un acuerdo entre clases en el contexto del desastre provocado por el conflicto bélico. Sin duda que éste lo aceleró y consolidó las reformas, pero la "búsqueda del orden" había comenzado en las décadas anteriores. Por otro lado, la búsqueda de otro régimen político, con otro orden económico, por parte de las clases trabajadoras y de sus organizaciones siempre era una posibilidad que ya había triunfado en otros lugares y sobrevivía con fuerza. El Estado liberal tenía que construir otros consensos y legitimarse de otra manera o estaría en peligro. El canciller alemán Otto von Bismarck, como ya hemos señalado, fue uno de los primeros que adivinó el riesgo y dio pasos para atemperar las amenazas.

No queremos cerrar este apartado sin hacer mención a las tesis de Judith R. Walkowitz.⁷⁰ Para esta autora, las mujeres de la clase media se dedicaban a las actividades filantrópicas como forma de conquistar mayores cotas de libertad para ellas mismas.

"Las mujeres caritativas que se acercaban a las chabolas del East End tenían, en muchas ocasiones, más libertad social que las damas que intentaban esquivar a los pesados el West End. <Las calles de los barrios bajos, lejos de los ojos de los varones de clase alta, eran suyas>, observa Vicinus. Algunas mujeres respetables abordaron las compras y el trabajo benéfico como actividades recreativas, más o menos equivalentes y apropiadas para su posición social. (...) Asquith formaba parte de un ejército de mujeres intrépidas, de clase media y alta, que visitaban los barrios bajos en busca de aventura, descubrimiento de su propia identidad y un trabajo con contenido. A finales del siglo XIX, Louisa Hubbard calculaba que al menos 20.000 mujeres asalariadas y medio millón de voluntarias trabajaban a favor de <los vagabundos, los desarraigados y los minusválidos>. Este ejército femenino incluía a muchas aficionadas comodonas como Asquith, que encajaba sus labores caritativas entre compromisos sociales. No obstante, en las últimas décadas del siglo, empezó a prevalecer asimismo un nuevo espíritu de profesionalismo que exigía que las activistas tuvieran una formación, disciplina y mentalidad empresarial, además de considerables dotes organizativas. Las mujeres <han desarrollado una inesperada capacidad de organización - observaba Octavia Hill-, un espíritu aventurero en empresas arriesgadas y entusiasmo por un trabajo difícil, desagradable y poco prometedor." (Walkowitz, 1992:114).

Octavia Hill es pues un punto de referencia para entender la concepción de la pobreza en la época victoriana, pero también representa una época de transición. Sin variar un ápice su concepción ideológica de la pobreza y su origen moral, y en consecuencia no estructural, para enfrentarse a ella defendió que era necesario desplegar un sistema que facilitase la pretendida reeducación moral de las masas. Para ello en la década de los 60, ideó un

⁷⁰ Un libro escrito desde perspectivas feministas: Judith, R. Walkowitz,. 1992 *La ciudad de las pasiones terribles. Narraciones sobre peligro sexual en el Londres victoriano.*

proyecto ambicioso tomando la vivienda como argumento. Con la ayuda de John Ruskin adquirió edificios de viviendas en Londres y convirtió a sus inquilinos en su objeto de intervención puesto que ella supervisaba la renovación de sus contratos de alquiler y convertían la visita para cobrar el pago del alquiler en una ocasión para conocer, controlar, supervisar, enseñar habilidades domésticas y marcar objetivos para la familia en cuestión.

"Hill previó un ejército de visitadoras de barrio que llevaran a cabo las tareas de reconciliación social y supervisión de los hogares. Las visitadoras de barrio, insistía Hill, debían considerar <a los pobres fundamentalmente como maridos, esposas, hijos e hijas, miembros de la familia, como lo somos nosotras>, y no como <una clase diferente>. Las cobradoras de alquileres de Hill estaban obligadas no sólo a recoger el dinero, sino a supervisar el bienestar de la gente y la situación de sus hogares. Tenían que ofrecer ayuda espiritual y disciplina a <los inquilinos que, por su falta de fuerza de voluntad, necesiten impulso permanente so pena de quedarse irremisiblemente atrás>. Esta <forma suprema de caridad> implicaba un conocimiento detallado de la situación familiar de los pobres, además de la capacidad de enseñarles virtudes domésticas, habilidades en las que sobresalían las matronas de clase media" (Walkowitz, 1992:117).⁷¹

Así las cobradoras de alquileres/visitadoras se movían por aquellos "patios ruidosos", las "habitaciones atestadas" y los "callejones empapados" de los barrios bajos, había un "enjambre" de niños, un ruido "ensordecedor", una multitud "aturdidora", la humanidad entera reducida a una "existencia de ajeteo, zarandeos, desasosiego, lucha, ruido y desgarró".⁷² De esta experiencia directa sobre el terreno obtuvieron múltiples enseñanzas que las llevaron mucho más allá de los objetivos marcados por Octavia Hill.

"Aunque numerosas voluntarias seguirían constituyéndose en observadoras estrictas en el <país de los pobres, en los años 80 algunas activistas empezaron a variar su postura ideológica hacia la pobreza y la propia identidad de su dedicación a la filantropía. Como observa Patricia Hollis, Hill había preparado a toda una generación de mujeres capaces para la filantropía profesional "científica", basada en estudios minuciosos, observación detallada y atención a los casos particulares>. Sus alumnas pasaron a ser visitadoras de barrio, cobradoras de alquileres, inspectoras de salud, custodias de la ley de asistencia pública y trabajadoras en centros comunitarios en Bermondsey, Lambeth y el East End. Al aplicar sus conocimientos organizativos, su capacidad de hablar en reuniones públicas y de recaudar fondos, al trabajo en esos centros comunitarios y en la administración local, combinaron enormes conocimientos y puntos de vista burocráticos con la concreción y el personalismo que tradicionalmente caracterizaban a la <filantropía femenina>. Empezaron a alejarse de su compromiso con la economía política clásica y a acudir al Estado para diversas intervenciones. Igual que los socialistas varones y los nuevos liberales, llegaron gradualmente a rechazar una concepción de la pobreza como fracaso moral a favor de una explicación más estructural, centrada en el desempleo, el subempleo, y los salarios insuficientes".

⁷¹ Véase Octavia Hill, *District Visiting, Londres*, Longman, 1877, pp 6. Citado por Walkowitz 1992:118.

⁷² Citado por Walkowitz. De su nota a pié de página subrayo el trabajo de Deborah Nord. 1987. *The Social Explorer as Anthropologist: Victorian Travellers among the Urban Poor* en *Visions of the Modern City*, p: 126.

Su experiencia supuso de hecho una nueva forma de acercarse a la pobreza distinta a la masculina más rutinaria, apoyada en la coacción legal y en los aparatos del Estado.

"A diferencia de los investigadores masculinos, cuyos relatos, en palabras de una voluntaria victoriana, daban <la impresión del extraño que hace visitas oficiales durante las horas de oficina> estas mujeres pasaban muchas horas con las mujeres y los niños, sus principales fuentes de información, escuchando sus relatos. Su método característico, insiste la historiadora Ellen Ross, era <auditivo>, más que <visual>. Como incipientes especialistas en etnografía urbana, es posible que influyeran en ellas los estudios de las tradiciones o la labor de antropólogos evolutivos como Morgan y Bachofen, que se centraban en los sistemas de parentesco y matrimonio; tanto el folclore como la etnografía pudieron predisponerles a ver la vida de los pobres con arreglo a pautas y continuidades, y no como un caos urbano" ("Walkowitz, 1992:120).